

COLECCIÓN
LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS





100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido solo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100 % del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero solo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

LOS CREYENTES

UN ENSAYO SOBRE OVNIS, TECNOLOGÍA DESCONOCIDA
Y EL INESPERADO ORIGEN DE UNA NUEVA RELIGIÓN

DIANA WALSH PASULKA

TRADUCCIÓN DE ELENA PÉREZ SAN MIGUEL



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2026

TÍTULO ORIGINAL: *American Cosmic: UFOs, Religion, Technology*

© Oxford University Press 2019

© de la traducción, Elena Pérez San Miguel, 2026

© Errata naturae editores, 2026

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-36-8

DEPÓSITO LEGAL: M-3032-2026

CÓDIGO IBIC: DN

IMAGEN DE PORTADA: De la reyerta

MAQUETACIÓN: Jorge García Valcárcel

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

ÍNDICE

<i>Prefacio.</i>	13
<i>Un recorrido por Silicon Valley con Jacques Vallée</i>	
INTRODUCCIÓN	17
I. EL INVISIBLE TYLER D.	31
II. JAMES, MÁSTER DEL MULTIVERSO	63
III. «IN THE FIELD».	93
LA GUERRA ES VIRTUAL, LA SANGRE ES REAL	
IV. CUANDO LA GUERRA DE LAS GALAXIAS SE HIZO REALIDAD. LOS MECANISMOS DE LA CREENCIA	127
V. EL CÓDIGO MATERIAL. DEL ALMA INCORPÓREA A LA MATERIALIDAD DE LA INFORMACIÓN CUÁNTICA	159
VI. EL RECEPTOR HUMANO.	189
MATERIA, INFORMACIÓN, ENERGÍA... Y CONTACTO	

VII. LO REAL Y LO IMAGINARIO.	217
LA CONVERSIÓN ESPIRITUAL DE TYLER D. EN ROMA	
CONCLUSIÓN. EL ARTEFACTO Y SU MISTERIO	239
<i>Agradecimientos</i>	243
<i>Notas</i>	247

Este libro está dedicado a Tyler

«¡Casi dos milenios y ni un solo Dios nuevo!».

FRIEDRICH NIETZCHE

«Internet es una forma de vida extraterrestre».

DAVID BOWIE

PREFACIO.
UN RECORRIDO POR SILICON VALLEY
CON JACQUES VALLÉE

«Estas son las colinas de Silicon Valley, un valle sembrado de secretos».

Jacques Vallée maniobra con destreza entre el bullicio frenético de la bahía de San Francisco, serpenteando entre los vehículos. Esquivamos por los pelos varios camiones enormes y un par de coches diminutos que se nos vienen encima por las sinuosas carreteras. De vez en cuando, alzo los hombros, pegados al respaldo del coche, como si así pudiera sacudirme la tensión acumulada.

Padre del estudio moderno de los ovnis y visionario temprano de internet, Jacques nos guía —a mi colega Robbie Graham y a mí— por su territorio predilecto: Silicon Valley, señalándonos los lugares emblemáticos en la historia del valle mientras recuerda los primeros días de la revolución tecnológica: «Esto

era un hervidero, un símbolo de democracia. Y nosotros éramos investigadores natos, impulsados por el ansia pura de descubrimiento». Sus credenciales imponen, sin duda. Como astrónomo, desarrolló para la NASA el primer mapa pormenorizado de Marte. Como informático doctorado en la Universidad del Noroeste, participó en el desarrollo inicial de ARPANET, la Red de la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada, precursora de internet. También ha financiado innovadoras *startups* tecnológicas que han transformado la vida cotidiana de millones de personas. Además, es un autor fecundo, aunque probablemente sea más conocido por haber asesorado a Steven Spielberg en *Encuentros en la tercera fase* (1977). De hecho, el personaje del científico, encarnado por el actor francés François Truffaut, está inspirado en su trayectoria. Por otro lado, aunque sus contribuciones en el campo de la ufología no tienen parangón, sostiene que su estudio de los ovnis es un mero pasatiempo.

Hasta aquí, la historia ortodoxa de la vida y obra de Jacques Vallée. Ahora bien, su faceta heterodoxa es asimismo alucinante. Para empezar, colaboró con investigadores del Stanford Research Institute, hoy SRI Internacional, una institución de investigación independiente sin ánimo de lucro que se encuentra en Menlo Park. Aunque la mayor parte de sus actividades aún son desconocidas para el público, ciertos documentos desclasificados de los años setenta y ochenta sugieren que fue un centro de estudio de lo extraordinario. Jacques hizo sus pinitos en internet en el marco de una iniciativa que, como cuenta Jeffrey Kripal, podría haberse llamado «Aumento del intelecto humano».

Así, colaboró como investigador en dos experimentos sobre visión remota, precognición y percepción extrasensorial del Proyecto Stargate, una operación secreta costeada por el Ejército estadounidense en colaboración con el SRI que buscaba potenciar habilidades psíquicas para aplicarlas a la recopilación de

información. Durante las pruebas, los supuestos videntes psíquicos descubrieron objetivos inesperados y sorprendentes, como ovnis. Los participantes en la investigación también afirmaron haber viajado por el espacio, a la Luna y a otros planetas, como Marte. En otras palabras, el programa habría desarrollado, quizá de forma inintencionada, auténticos cosmonautas psíquicos.

Tal vez Jacques y los demás investigadores del SRI no lo supieran, pero para entonces ya hacía mucho tiempo que se tenía constancia de este tipo de viajes. De hecho, en la historia de las religiones abundan los cosmonautas psíquicos, como el filósofo y teólogo del siglo XVIII Emanuel Swedenborg, que plasmó sus experiencias en *De planetas y ángeles* (1758), donde aseguraba haber visitado Mercurio, Marte, Venus y la Luna con la ayuda de un ángel y haber hablado con seres de esos planetas. En cierto modo, las actividades de los cosmonautas del SRI recuerdan a las aventuras interestelares de Swedenborg, pero sus intenciones no podían ser más distintas. Ellos no buscaban lo divino, sino información sobre objetivos terrestres; y la visión remota era solo una de las muchas técnicas que empleaban para tal fin. Curiosamente, estos intentos de crear portales humanos hacia otros planetas coincidieron con el desarrollo de tecnologías de conectividad como internet.

Mientras avanzábamos por la carretera, reconocí los barrios de mi infancia, que ahora veía con los ojos de Jacques. Las calles, el aroma de los eucaliptos, los parques, las escuelas, las cafeterías... todo me parecía nuevo, revestido del encanto del misterio. A pesar de que ardía en curiosidad, no me atreví a preguntarle cuáles eran esos secretos que ocultaba Silicon Valley. Con todo, en aquel trayecto conseguí atisbar la apasionante ideología que había impulsado aquella revolución: su *Zeitgeist*.

Si Jacques fuera un ensayo, sería *La pregunta por la técnica*, de Martin Heidegger. Muchos lo consideran impenetrable, pero contiene observaciones fascinantes sobre la relación entre esta

y el ser humano. El filósofo alemán sostenía que no comprendemos su esencia, que estamos cegados por una visión meramente instrumental. Esta interpretación es errónea, aseveraba. Para los griegos, el templo era un «marco» sagrado que albergaba a los dioses; para los europeos medievales, la catedral encarnaba la presencia divina. Heidegger sugirió que nuestra relación con la tecnología tiene un carácter casi religioso; que es posible mantener con ella un vínculo no instrumental y comprometernos con lo que de verdad es: un poder redentor. Jacques Vallée comprende la magnitud de esta revolución. Aunque quizá no haya leído este ensayo, en su concepción de Silicon Valley como cuna de lo nuevo se reconocen las ideas del filósofo: la tecnología inaugura una era en la experiencia humana.

Y el ovni, que Carl Jung denominó «ángel tecnológico», es el símbolo de esta era. Este libro trata sobre ovnis y tecnología, pero también sobre quienes creen que la tecnología anómala inspira la creatividad. En los años setenta, Jacques Vallée animó a Spielberg a plasmar en *Encuentros en la tercera fase* una versión más compleja de la historia, sugiriendo que el fenómeno es intrincado y no necesariamente extraterrestre. Este, sin embargo, optó por la versión simple, al alcance de todo el mundo: «Esto es Hollywood». Aquí no nos conformaremos con la versión simple, pero creo que cualquiera podrá entenderla.

INTRODUCCIÓN

«Cuando miras largo tiempo al abismo,
también este mira dentro de ti».

FRIEDRICH NIETZCHE

Mientras escribo esta introducción, el programa de televisión *60 Minutes* emite una entrevista con Robert Bigelow, multimillonario fundador de Bigelow Aerospace. La fiabilidad de su empresa, que creó en 1998 invirtiendo su propio capital, es tal que la NASA y otras agencias espaciales han usado sus hábitats y equipos en diversas exploraciones y experimentos en el espacio. Durante la entrevista, Bigelow expone sin titubear que los extraterrestres, o inteligencias no humanas, llevan interactuando con nosotros mucho tiempo.

—¿No le preocupa admitir en público que cree en los ovnis y los extraterrestres? —le pregunta la entrevistadora, Lara Logan—. ¿No le importa que lo tomen por loco?

—Me importa un bledo —zanja él—. Eso no cambiaría nada. No cambiaría la realidad de lo que sé¹.

Sus declaraciones, habituales entre los científicos-creyentes que he conocido desde que inicié mis investigaciones, no me sorprendieron. A lo largo de estos años, me he topado con varios millonarios, multimillonarios y hombres de ciencia convencidos del fenómeno e incluso dedicados a su estudio. Aquella fue la primera de muchas revelaciones sorprendentes. Figuras como Stephen Hawking se equivocan al afirmar, como hizo en su charla TED de 2008, que «conviene desestimar los informes sobre ovnis. ¿Por qué solo se aparecen ante personajes excéntricos y raros?»². Vincular la creencia en los ovnis con «marginales», «chalados» o «tipos raros», como los consideró el propio Hawking, cuando la realidad es precisamente la opuesta, ha sido la gran mentira.

Aquí exploraremos la religiosidad contemporánea a través del fenómeno ovni, un caso de estudio en el que convergen tecnología y creencias, dos mundos íntimamente entrelazados, aunque en principio parezcan inconexos. Y lo están porque las infraestructuras sociales y económicas dan forma a la práctica religiosa. El impacto de la imprenta en la tradición cristiana es un ejemplo innegable al respecto. La producción masiva de Biblias en lenguas vernáculas impulsó la doctrina de *Sola Scriptura*, que sostiene que las Escrituras son la única fuente de autoridad para la fe y la práctica cristianas, un principio fundamental de la Reforma protestante. A medida que la tecnología cambia las infraestructuras, las prácticas y los hábitos religiosos evolucionan.

Y más allá de documentar cómo la infraestructura tecnológica moldea las creencias y prácticas religiosas, muchos creyentes consideran que el ovni es una forma de tecnología avanzada. Como los espiritistas del siglo XIX, ellos ven en la tecnología un portal o un cambio de frecuencia que conecta con otras mentes, humanas o extraterrestres, así como con lugares que trascienden la concepción actual del espacio-tiempo³. Por lo tanto, no solo la infraestructura tecnológica favorece la creencia generalizada en

los ovnis —a través de los medios y otros mecanismos—, sino que la *propia* tecnología se convierte en medio y reliquia de esta nueva religiosidad. Sin embargo, en ciertos círculos teológicos, ocurre justo lo contrario: la tecnología —especialmente internet— se ha asociado con «la Bestia» o el Anticristo. En dichos contextos, no se la considera un fenómeno secular, sino que está impregnada de significado teológico.

Una experiencia única para una académica

Este libro explora la influencia de la tecnología en una religiosidad creciente en torno a los ovnis, pero también cuenta una historia: la mía, como parte de un equipo de investigadores y académicos que estudian el fenómeno desde el anonimato... salvo yo, claro. El estigma que aún rodea el tema y la existencia de programas clasificados que requieren cierto grado de secretismo ha provocado que muchos se mantengan en el anonimato. Para evitar interpretaciones conspirativas, me gustaría aclarar que carezco de acceso privilegiado a información gubernamental, que nunca he manejado documentos clasificados —al menos que yo sepa— y que no formo parte de ningún proyecto de divulgación, ni oficial ni extraoficial, sobre ovnis.

Comencé a estudiar las culturas ovnis en enero de 2012 siguiendo un enfoque convencional, es decir, realizando una etnografía de distintos creyentes y estudiando las investigaciones previas. Tuve, además, la suerte de heredar una extensa biblioteca documental, así como varios informes de contactados de la doctora Brenda Denzler, cuyo libro *The Lure of the Edge* [El atractivo de los márgenes] guio mis pesquisas. Su colección incluía investigaciones propias, trabajos de ufólogos y expedientes de organizaciones como la Mutual UFO Network o el Center for UFO Studies. Leí también a Allen Hynek, Jacques Vallée, John Keel, Budd Hopkins y John Mack, además de a Jeffrey Kripal,

Whitley Strieber, Debbora Battaglia, Greg Eghigian, Carole Cusack, Susan Lepselter o David Halperin, que han abordado el fenómeno.

No tardé en percatarme de que existe una tradición de investigación paralela en torno al tema, y de que siempre ha sido así. Hay ufólogos reconocidos, académicos escribiendo y publicando sobre esta cuestión... De hecho, se trata, como la llamó Allen Hynek, de toda una «universidad invisible», que Jacques Vallée definió como un grupo de científicos, académicos y otras personas cuyos trabajos rara vez ven la luz, o lo harán dentro de mucho tiempo, aunque sus hallazgos ya repercutan en la sociedad de múltiples maneras. En un momento dado, yo también decidí dejar constancia de la existencia de este grupo por dos razones. Para empezar, porque no reciben reconocimiento ni cobertura mediática, aunque el folclore y las narrativas ovnis se nutren de los rumores sobre ellos. En segundo lugar, y para ser sincera, los llegué a conocer muy bien y sus historias me resultaron de lo más fascinantes. Aun así, tuve que armarme de valor, pues, al ser anónimos, contar su labor me colocaba en la extraña posición de confirmar un mito, algo que, por ser competencia de la teología, no es precisamente lo más cómodo para una académica que escribe sobre religión. A pesar de todo, no cedí en mi proyecto de publicar un libro que recogiera los aspectos que considero más interesantes y estimulantes del fenómeno ovni.

Aunque desconocida para los no iniciados, la tradición paralela de la ufología está más que reconocida dentro de la propia comunidad científica. Figuras de renombre como el físico Eric Davis o el astrónomo Massimo Teodorani han confirmado su existencia. Este último contaba:

Llevo al menos un cuarto de siglo involucrado en el asunto de los llamados «ovnis», participando en investigaciones paralelas a estudios más canónicos sobre física y astronomía. Soy consciente de

que existen ciertas anomalías en este campo, que deberían abordarse con rigor científico, especialmente mediante el uso de instrumentos de medición. He pasado varios años estudiando el fenómeno a puerta cerrada y con absoluto hermetismo⁴.

Davis ha señalado, asimismo, esta dimensión oculta del estudio de los ovnis. «Es un fenómeno real», afirma. «Se trata de objetos artificiales guiados por una inteligencia. Sin lugar a dudas, son naves impulsadas por una tecnología de un nivel muy superior al nuestro». Incluso va más allá, al sostener que la mayor parte del conocimiento sobre el fenómeno es secreta y, con toda probabilidad, seguirá siéndolo: «Hay investigadores que tienen pruebas y datos observacionales irrefutables, corroborados mediante técnicas forenses. Pero no los harán públicos porque temen, más que el tema en sí, la reacción de sus colegas de profesión». Por otro lado, continúa diciendo que, debido a su conexión con lo militar, es normal que se exija cierto secretismo: «Son los servicios de inteligencia y seguridad, antes que la ciencia, los que deberían ocuparse de que haya naves [desconocidas] sobrevolando la Tierra»⁵.

En esta historia intervienen dos grandes bloques de actores. El primero lo conforman quienes aseguran relacionarse e interactuar con inteligencias no humanas, ya sean estas extraterrestres o interdimensionales. Entre ellos se encuentran los científicos a los que Davis hace referencia y que aceptaron ser incluidos en este libro con la condición de permanecer en el anonimato. El segundo está compuesto por aquellos que interpretan, tergiversan, producen y comercializan narrativas ovnis para la gente. Mientras los primeros mantienen sus hallazgos en secreto, los otros divulgan información de segunda, tercera o incluso cuarta mano y, a menudo, hasta inventan relatos o difunden bulos.

Es sorprendente que lo que llega al público tenga tan poco que ver con los descubrimientos de los científicos reputados que

aceptan el fenómeno y trabajan activamente para evidenciarlo. La creencia en los ovnis gana terreno, incluso entre personas de éxito como Robert Bigelow. Legiones de testigos convincentes, entre los que se incluye el expresidente Jimmy Carter, han relatado su experiencia: observadores entrenados de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, pilotos comerciales, policías, personal militar y millones de civiles que, sin duda, no habían salido con la intención de buscar ovnis⁶. A pesar de que las encuestas muestran distintos niveles de convencimiento, todas coinciden en su alcance generalizado. En 2008, una encuesta realizada por Scripps reveló que más de la mitad de la población estadounidense cree en la existencia de vida extraterrestre, y que el setenta y cuatro por ciento de los jóvenes entre dieciocho y veinticuatro años comparte esta idea⁷. Para promocionar su programación sobre el fenómeno, National Geographic llevó a cabo en 2012 un sondeo informal entre mil ciento catorce adultos: el treinta y seis por ciento declaró creer en los ovnis y, aún más revelador, el setenta y siete por ciento consideró que existen indicios de que seres de otros mundos han visitado nuestro planeta en el pasado. Si bien no se trató de una encuesta formal, los resultados coinciden con los de estudios serios como la Harris Poll de 2009, según la cual un treinta y dos por ciento de los estadounidenses cree en la existencia de los ovnis.

Inicié mi propia investigación sobre estos fenómenos aéreos tras concluir un libro sobre la doctrina católica del purgatorio. A lo largo de varios años, examiné fuentes primarias de la historia católica europea, muchas de ellas halladas en archivos poco conocidos. Estas crónicas, que datan de entre los años 1300 y 1880, recopilaban anécdotas sobre almas del purgatorio, pero también contenían elementos inesperados: informes de orbes luminosos, llamas atravesando muros, seres resplandecientes, formas de luz consciente, soles giratorios y objetos aéreos con apariencia de disco. No supe cómo interpretar esos relatos, así

que los excluí de aquel trabajo. Pero no conseguí sacármelos de la cabeza.

Una mañana, mientras tomaba café con un amigo, salieron a colación: «Todo eso me suena a película de Steven Spielberg», me comentó. «Ya sabes: artilugios aéreos brillantes, seres luminosos y vidas transformadas».

Rechacé con vehemencia su comparación. Al día siguiente, él mismo me envió un anuncio de una conferencia local sobre ovnis y extraterrestres que se celebraría ese fin de semana, y me animó a asistir.

Aquel evento reunió a multitud de experimentadores: personas que habían visto ovnis o creían haber estado en contacto con vida extraterrestre. Todos ellos describieron cosas muy similares a las que yo había analizado en mi investigación sobre la historia del catolicismo —discos brillantes en el cielo, llamas misteriosas y orbes—, aunque lo más llamativo era el impacto que habían tenido en sus vidas estas experiencias, que muchos consideraban de carácter espiritual o religioso. En algunos casos, habían desestabilizado sus creencias; en otros, les habían hecho reformularlas desde una nueva perspectiva, donde los acontecimientos bíblicos o históricos se entendían como evidencia de visitas extraterrestres. Un ejemplo recurrente es la visión de la rueda de Ezequiel. Para algunos creyentes, el extraño artefacto aéreo giratorio que el profeta bíblico refiere no es más que un platillo volante. El programa de telerrealidad *Generación alien* sigue una línea interpretativa similar. Esta manera de entender los antiguos fenómenos aéreos anómalos no se limita a los experimentadores, sino que es cada vez más común, especialmente entre jóvenes como mis alumnos⁸.

¿Y si aquellos orbes, que antes se asociaban con almas del purgatorio, continuaban apareciendo? ¿Y si fueran lo que ahora consideramos ovnis? No era una hipótesis descabellada. Desde mi formación académica, aún podía encajar estos relatos como

construcciones sociales originadas en un fenómeno desconocido de origen externo, o bien como una experiencia mística perenne reinterpretada según el marco cultural dominante en cada época.

El reto se complicó cuando conocí a los metaexperimentadores: científicos que estudiaban tanto a los experimentadores como el fenómeno en sí. Esto dio al traste con las categorías académicas con las que hasta entonces había trabajado y me obligó a replantear mi enfoque para comprender a este grupo y su labor. Además, me resultaba imposible ignorar el carisma y la convicción de estos científicos-creyentes. Como especialista en religión, estoy entrenada para mantenerme neutral respecto a la veracidad de las creencias. Para examinar la expansión de una doctrina, no necesito determinar si está justificada, sino que me limito a analizar sus efectos e influencia en la sociedad. Sin embargo, mi vínculo con estos científicos me provocó lo que el investigador de ovnis de Harvard John Mack denominó un «choque epistemológico», es decir, una sacudida de mi concepción del mundo y del universo.

Este bombazo en mis marcos epistemológicos —o en lo que yo consideraba verdadero— se produjo en dos niveles. El primero resulta obvio: varios de los estudiosos más renombrados del mundo defienden la existencia de una inteligencia no humana proveniente del espacio. El segundo fue más perturbador si cabe. Los rumores sobre sus hallazgos habían inspirado bulos, desinformación y documentales que, bajo el pretexto de informar al público, construían narrativas y mitologías en torno a los ovnis basadas en información falsa. De hecho, presencié en tiempo real el desarrollo de varios de estos relatos. Me costaba quedarme al margen ante tanta información errónea, que se difundía a veces con intención ideológica y otras por mera rentabilidad. Estaba tan inmersa en mi investigación, tanto observando a los científicos como involucrándome con los productores

de contenidos mediáticos, que la neutralidad se volvió una misión imposible. Fue en ese momento cuando sentí que caía de lleno en el abismo de Nietzsche: lo miraba y él me devolvía una sonrisa con sorna.

El método

De algún modo, siento que llevo toda la vida explorando este fenómeno, aunque antes no lo denominara investigación ovni, sino estudios religiosos. Esta disciplina, en concreto, es especialmente útil para abordar el tema, ya que no implica practicar una religión, sino aplicar metodologías con las que analizar fenómenos de carácter espiritual. Por ese mismo motivo, los especialistas en religiones no suelen evaluar las pretensiones de verdad de los practicantes de estas. Cuestiones como la existencia objetiva o metafísica de los fenómenos quedan en suspenso para centrarnos en sus efectos sociales, que son incontestables y muy reales. Esta perspectiva, muy útil a la hora de analizar el asunto ovni, fue respaldada por Jacques Vallée en un discurso pronunciado en 1979 ante la Comisión Política Especial de la Organización de las Naciones Unidas: «La creencia en visitantes del espacio es independiente de la realidad física del fenómeno ovni». Aunque sostiene que el fenómeno es real, Vallée entiende que la construcción de una creencia colectiva en torno a él no depende de su existencia objetiva⁹.

Una nueva religiosidad

Decir que mi vida se transformó cuando cambié el enfoque de mi investigación sería quedarse muy corta. Al centrarme en los informes modernos de avistamientos y sucesos ovnis, me vi inmersa en un mundo donde el impulso religioso estaba vivo y en el que se estaba gestando una forma de espiritualidad única. Y yo

pude observar todo esto mientras ocurría, en tiempo real. Carl Jung lo expresó con precisión: «Tenemos aquí la oportunidad de asistir al nacimiento de un mito»¹⁰.

El elenco de personajes que se presentó sin previo aviso era asombroso. Entre ellos había productores de televisión, experimentadores acompañados por séquitos de agentes vinculados al Gobierno e incluso actores cuyos nombres son bien conocidos en todos los hogares. Superado el *shock* inicial, los analicé desde la perspectiva de la historia de las religiones. En esencia, eran el mismo tipo de figuras que han estado presentes en el surgimiento de cada gran tradición religiosa, aunque sus roles y sus nombres hayan cambiado. En el siglo I d. C., habrían sido escribas y cronistas; hoy son guionistas, productores y escritores. En definitiva, fui testigo de la génesis de un sistema de creencias global, y registré los mecanismos por los que las personas creen y practican, y cómo lo hacen. Productores, actores, agentes gubernamentales y hasta yo misma formábamos parte —quizá como peones— de este proceso de construcción.

El contacto: ¿una experiencia religiosa?

Uno de los investigadores con los que colaboré, cuyo enfoque es estrictamente empírico —es decir, que analiza científicamente posibles artefactos o fragmentos de supuestas «naves»—, me preguntó por qué los sucesos ovnis a menudo se asocian con la religión. Buena pregunta. Una posible respuesta radica en que la historia de las religiones es, entre otras cosas, un registro de contactos con seres sobrenaturales, muchos de los cuales descienden del cielo como entidades de luz o rodeados por ella. Este es también uno de los motivos por los que los especialistas en religión se sienten como peces en el agua examinando relatos contemporáneos sobre encuentros con ovnis. Jeffrey Kripal, en colaboración con el autor Whitley Strieber, lo expone con claridad: «El descenso del

alienígena moderno desde el espacio recuerda a la visión ancestral de un dios que descendía desde su morada celestial»¹¹.

Estos «eventos de contacto» —interacciones entre humanos y entidades inteligentes no humanas provenientes del espacio— generan creencias e interpretaciones que, con el tiempo, evolucionan en comunidades de creyentes. Kripal señala: «Algunos de los efectos de estos estados mentales extraordinarios han sido asimilados por complejos procesos sociales, políticos y artísticos, dando forma a mitologías, rituales e instituciones que han marcado en profundidad la historia humana. Los llamamos “religiones”»¹².

Y, como ocurre con las religiones, las instituciones se apropian, cultivan e intervienen en las interpretaciones de un suceso ovni. Estas instituciones son diversas e incluyen desde entidades religiosas hasta gobiernos, pasando por clubes o grupos, y en la actualidad también grupos en redes sociales.

¿Cómo se forman las comunidades de creyentes?

En la historia de las religiones, un acontecimiento suele ir seguido de una serie de interpretaciones que, con el tiempo, dan lugar a instituciones. Estas comunidades interpretativas se conocen como religiones o confesiones. Y las instituciones están interesadas en entender el contacto original. Un ejemplo habitual son las miles que han surgido en torno al cristianismo.

Otro caso reciente de cómo un suceso de contacto puede generar una comunidad de creyentes, y de cómo las instituciones controlan esas creencias, es la Nación del Islam, una religión con sede en Estados Unidos. Uno de sus primeros líderes, Elijah Robert Poole —que adoptó el nombre de Elijah Muhammad—, sostenía que los ovnis vendrían a la Tierra para traer la salvación a sus seguidores y castigar al resto. El Gobierno estadounidense mostró interés por este movimiento y sus adeptos y el FBI

les abrió un expediente. A lo largo de la historia es habitual que las instituciones —incluidos los gobiernos— vigilen y, con frecuencia, influyan en las interpretaciones del contacto que originó muchas religiones tradicionales. Entre los creyentes en los ovnis, este tipo de injerencia ya no se percibe como una conspiración, sino como un hecho asumido. Hoy, la atención se centra en *cómo* las instituciones supervisan y, en ocasiones, modelan activamente esas interpretaciones. Los encuentros con inteligencias no humanas son fenómenos de gran impacto, con efectos sociales impredecibles.

Del contacto a las creencias y prácticas: una relación sutil

Al analizar un contacto y sus interpretaciones posteriores, conviene tener en cuenta varios aspectos. En primer lugar, que no todo contacto se convierte de forma automática en un fenómeno religioso ni todo avistamiento de un objeto volador no identificado se clasifica de inmediato como un suceso ovni. Para que esto ocurra hace falta un proceso interpretativo¹³. Dicho proceso pasa por distintas etapas de construcción y, en ocasiones, por intervenciones activas antes de consolidarse como fenómeno religioso, fenómeno ovni o ambos. Las diversas creencias en los ovnis pueden rastrearse como procesos culturales que evolucionan de manera espontánea o deliberada, ya sea desde la cultura popular o a través de una implicación institucional intencionada.

Tecnología y transformación de la creencia religiosa

Los estudiosos de las religiones no fueron los primeros en sugerir que el platillo volante era el símbolo de un nuevo sistema de creencias global. Carl Jung lo había anticipado en su breve libro *Un mito moderno. De cosas que se ven en el cielo*, publicado en 1950. A finales de los años sesenta, Jacques Vallée argumentó en *Pasa-*

porte a Magonia que existían patrones comunes en el folclore, las tradiciones religiosas y los relatos modernos sobre ovnis.

En cuanto a su origen, los historiadores suelen situarlo en los primeros años de la Guerra Fría, tras el avistamiento del piloto Kenneth Arnold en 1947, quien describió nueve discos planos sobrevolando el monte Rainier. Sin embargo, Vallée sostiene que el fenómeno existe desde hace miles de años. Y tiene razón. Ahora bien, el contexto cultural que permitió interpretarlos como ovnis modernos surgió, en efecto, alrededor de 1947.

Desde los años sesenta, los académicos de la religión han avanzado mucho en el análisis de los mecanismos de la creencia. Han estudiado, entre otras cosas, las estructuras sociales que favorecen la aparición de nuevos movimientos religiosos. La conexión entre los ovnis y las tradiciones religiosas representa un cambio cultural importante. Movimientos contemporáneos como la Nación del Islam, la cienciaología o el jedismo han incorporado la narrativa ovni a textos sagrados y tradiciones previas¹⁴, mientras que algunos programas de televisión populares, como *Generación alien*, ofrecen a su audiencia herramientas para reinterpretar las visiones religiosas del pasado desde la perspectiva ovni moderna. Así, los ángeles medievales se convierten en visitantes de otros mundos. Lo que antes se limitaba a grupúsculos etiquetados como «cultos ovnis» se ha transformado en una cosmovisión generalizada, sobrealimentada por una infraestructura digital capaz de viralizar mensajes y creencias. Esta misma tecnología ha propiciado otras formas de religiosidad y ha fortalecido la fe en los ovnis como fenómeno espiritual.

¿Es real o producto de la imaginación?

Cuando los medios de comunicación representan el fenómeno, tienden a dramatizarlo o a distorsionar el hecho original que dio lugar a la creencia. No es de extrañar que muchos se pregunten si

este es real o producto de la imaginación. Lo cierto es que los hechos quedan eclipsados por su impacto social, lo cual es una pena.

Cuanto más se indaga en el entorno de quienes estudian este fenómeno, más evidente resulta la complejidad de los sucesos que llegan a interpretarse como religiosos, místicos, sagrados o vinculados con los ovnis, así como la fuerte implicación personal de quienes los viven. Así, todos los científicos con los que hablé mostraban una fascinación casi obsesiva por el tema, pero ninguno se atrevía a emitir un veredicto sobre su origen o naturaleza. Tan solo insinuar que podría convertirse en una nueva religión bastaba para provocar burlas y rechazo. Para ellos, se trataba de algo demasiado sagrado como para encerrarlo en un dogma.

Y también lo consideraban demasiado sagrado para dejarlo en manos de los medios. Por el enfoque dual de mi investigación, a veces me tocó, muy a mi pesar, servir de nexo entre la comunidad científica y el mundo mediático. En una de estas ocasiones, un camarógrafo de una conocida productora se puso en contacto con uno de los investigadores y le pidió una declaración breve. Como no entendía cómo habían conseguido su nombre, decidió indagar, me localizó y me llamó, visiblemente molesto: «Pretender que resuma dos décadas de trabajo sobre uno de los temas más complejos que existen en un par de frases para la tele es de una arrogancia tremenda. Lo siento, pero no».

Intercambios como este, que presencié con relativa frecuencia, revelan el abismo entre quienes estudian el fenómeno y quienes lo tratan en los medios. Con todo, es irónico que sean estos últimos los que crean y alimentan la creencia en los ovnis. ¿Es real... o producto de la imaginación? Lo que viene a continuación sugiere que quizá podría ser ambas cosas al tiempo.